

Burocracia y tiempo como actores en el proceso de decisión. La sucesión del gran duque de Alba en el gobierno de los Países Bajos*

J. G. C. DE WOLF

Universidad de Nimega

RESUMEN

El presente estudio aborda el proceso de toma de decisiones en los primeros años de la revuelta de los Países Bajos desde la llegada del duque de Alba hasta su sustitución por Luis de Requesens, entre 1566 y 1573. Su objetivo es analizar las dificultades administrativas y políticas que influyeron en la elección de la persona más adecuada para hacer frente a la represión de los sublevados, financiar el coste de la guerra y articular la colaboración del territorio. La climatología adversa, la rivalidad de facciones en el entorno de Felipe II y la resistencia de las elites implicadas en el conflicto resultaron determinantes en este proceso de toma de decisiones.

ABSTRACT

This paper studies the decision making process at the beginning of the Dutch Revolt from the arrival of the Duke of Alba to his replacement by Luis de Requesens (1566-1573). Its aim is analyse the administrative and political difficulties that had influence in the election of the man more appropriate to face up to the repression of the rebels, to finance the cost of the war and to get the support of these provinces. A bad weather, the factional rivalry at the court of Philip II and the resistance of the elites involved in this conflict were determinant in this decision making process.

SUMARIO 1. La llegada de Alba a Flandes y la pronta búsqueda de un sucesor. 2. El nombramiento del duque de Medinaceli como sucesor de Alba. 3. Retrasos en la preparación del viaje y partida del nuevo gobernador. 4. La llegada agitada de Medinaceli a los Países Bajos. 5. Una situación comprometida para Medinaceli. 6. El nombramiento de Requesens como sustituto de Alba y Medinaceli. 7. La llegada de Requesens a los Países Bajos y el regreso de Alba a España. 8. Conclusiones.

PALABRAS CLAVE

Revuelta de los Países Bajos
Rivalidad de facciones
Toma de decisiones
Duque de Alba
Duque de Medinaceli
Luis de Requesens
Felipe II

KEY WORDS

Dutch Revolt
Factional rivalry
Decision making process
Duke of Alba
Duke of Medinaceli
Luis de Requesens
Philip II

* Versión española revisada por Bernardo J. García García.

A principios de noviembre de 1565 llegaron a la corte de Bruselas cartas de Felipe II, en las que el rey volvía a ordenar al gobierno de los Países Bajos que se mantuviesen y ejecutasen íntegramente los edictos contra la herejía que había decretado anteriormente. La publicación de las órdenes del rey provocó la redacción de una *remonstrance* por parte de un grupo de nobles de las provincias de Flandes, en la que exigían el cese de la represión y la reforma de tales edictos. Entregaron este documento a la regente Margarita de Parma para que lo remitiese al rey. Estos nobles llegaban a plantearle que si el monarca aprobaba su demanda, podría evitarse una revuelta generalizada en el país. En el mes de agosto de 1566, Felipe mandó a Margarita instrucciones detalladas para que mantuviese vigentes los edictos contra la herejía. Si bien es cierto que su carta contenía algunas pequeñas concesiones, en realidad, se trataba de una orden que insistía en el cumplimiento estricto de los edictos. La gobernadora, para evitar un estallido de violencia, se vio obligada a suspender los decretos, pero esta decisión llegó demasiado tarde y no pudo evitar que se intensificara la agitación popular. El resultado fue que el 10 de agosto de 1566, se arrancaron y destruyeron todas las imágenes y esculturas religiosas de la iglesia de San Lorenzo en la villa de Steenvoorde situada al sudoeste de la provincia de Flandes. Comenzó así la furia iconoclasta y se extendió como una mancha de aceite por todo el país. Felipe II se sintió profundamente disgustado porque estos acontecimientos trastocaban todos sus planes de gobierno para las Diecisiete Provincias. El rey ya había hecho pública su intención de viajar a los Países Bajos en la primavera del año siguiente, pues quería resolver personalmente los problemas internos que habían surgido¹.

El monarca firmó el 29 de noviembre de 1566 el decreto por el cual mandaba al duque de Alba a los Países Bajos encabezando un gran contingente de tropas. Su principal misión era restaurar la paz y el orden como paso previo y condición indispensable para la llegada del rey. De esta manera, la facción de Ruy Gómez, príncipe de Éboli, que era partidaria de una política más flexible y tolerante en Flandes, sufrió una severa derrota en favor de la facción encabezada por el duque de Alba. Este grupo quería que se actuase con mano dura contra los presuntos responsables del fanatismo iconoclasta. Este éxito representaba tan sólo una victoria pírrica, pues el líder de dicha facción tuvo que alejarse de la corte perdiendo así considerable influencia en el entorno inmediato del soberano².

El nombramiento del gran duque supuso también una notable decepción para los diputados de los Países Bajos, el barón de Montigny y el marqués de Berghes (o Bergas), que se encontraban en ese momento en Madrid. Dos semanas antes de estos acontecimientos, habían entre-

¹ Lynch, J. *La España de Felipe II*, Barcelona, 1993/1997, pp. 156-158; Maltby, W. S., *Alba. A biography of Fernando Alvarez de Toledo, Third Duke of Alba, 1507-1582*, Berkeley-Londres, 1983, p. 130 (trad. esp. *El gran duque de Alba*, Madrid, Turner, 1985); carta de Alonso de Laloo, secretario de Estado para los asuntos de Flandes y Borgoña, a Guillermo de Orange, de 4 de octubre de 1566, en Parker, G., *España y la rebelión de Flandes*, Madrid, 1985, p. 83; Cabot, J. T., *La vida y la época de Felipe II*, Barcelona, 1997, pp. 89-90.

² Maltby, *op. cit.*, pp. 87, 98 y 99. Don Fernando Álvarez de Toledo (1507-1582), tercer duque de Alba y marqués de Coria, general y consejero de Carlos I y Felipe II; Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli (1516-1573), consejero importante de Felipe II y principal adversario político de Alba.

gado al rey una petición en que proponían explícitamente enviar a Ruy Gómez a Flandes. El príncipe de Éboli ya había visitado las Diecisiete Provincias en el año 1557 y en esa ocasión causó muy buena impresión a la nobleza del país por la claridad de sus razonamientos y la defensa que hizo a favor de sus ideas políticas. Montigny y Berghes no conocían aún una propuesta de solución formulada por el propio Ruy Gómez que era semejante a la suya y que había sido rechazada por el rey a fines de octubre. Cuando se enteraron de esto, los dos diputados trataron de ganarse el interés del único hijo varón de Felipe II, don Carlos. Pero este plan tampoco parecía realizable. En primer lugar, porque en la corte era de dominio público que el ánimo del príncipe no sólo era caprichoso, sino también desequilibrado, convirtiéndose así en una incesante fuente de pesares y cuidados para su regio padre. En segundo lugar, Éboli era el mayor-domo de la hacienda y séquito del príncipe don Carlos, y en caso de que éste fuese nombrado gobernador de los Países Bajos, Ruy Gómez debería acompañarle también a su nuevo cargo³.

Al principio, Felipe II no consideraba a Alba como un candidato adecuado para la misión de pacificar Flandes. La salud del duque no era tan buena debido a los continuos ataques de gota que sufría, y además ya había cumplido 59 años. En opinión del rey, los duques de Parma y de Saboya eran los candidatos más aptos, pues ambos contaban con mucha experiencia militar⁴. Sin embargo, no se mostraron muy entusiasmados y declinaron discretamente esta honrosa misión. Evidentemente los dos nobles italianos se encontraban en situación de poder tomar una decisión contraria a la voluntad del rey y éste, en cambio, no podía obligarles a aceptar dicho nombramiento.

Siendo el más destacado partidario de la intervención armada y del uso de la fuerza para reprimir la rebelión, y contando además con gran experiencia en el mando militar, el duque de Alba fue designado finalmente para reforzar el gobierno en los Países Bajos. Su tarea era ir con el título y los poderes propios de un capitán general para restituir, junto con la gobernadora general Margarita de Parma, la paz y el orden como paso previo para la futura venida del rey. Además, se le encargó que crease un tribunal especial secreto, el denominado Consejo de los Tumultos, para sancionar y castigar a los culpables de las revueltas religiosas⁵.

La gobernadora se manifestó decididamente en contra del nombramiento de Alba. Se muestra así muy indignada en una carta que mandó a su hermano en la segunda semana de abril de 1567. En dicha carta explicaba que ella ya había restablecido la paz y el orden en todo el país. Esto no era del todo cierto, porque un mes más tarde un importante campamento rebel-

³ Parker, *G. España y la rebelión de Flandes*, op. cit. pp. 98 y 99; Boyden, J. M., *The Courtier and the king. Ruy Gómez de Silva, Philip II, and the court of Spain*, Berkeley-Londres, 1995, pp. 97-99 y 130. Floris de Montmorency, barón de Montigny (1527-1570), gobernador de Cambrésis; y Jean IV de Glimes, marqués de Berghes (1528-1567), estatúder de Henao y capitán general de Valenciennes y Tournai-Tournésis.

⁴ Octavio Farnesio, duque de Parma (1503-1586), esposo de la gobernadora general de los Países Bajos, Margarita de Parma; y Emanuel Filiberto (1528-1580), duque de Saboya desde 1559.

⁵ Parker, *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., pp. 98 y 104; Maltby, op. cit., pp. 134-135; Lagomarsino, D., *Court Factions and the formulation of Spanish policy towards the Netherlands, 1559-1567*, tesis doctoral inédita, Cambridge, 1973.

de fue atacado y destruido por completo (13 de mayo). El nombramiento de otra persona como capitán general implicaba además que éste podría apropiarse del honor de una victoria que ella había propiciado. Aunque la gobernadora presentó al rey su dimisión, éste la rechazó de inmediato. Semejante petición iba en contra de los planes ideados por Felipe⁶.

Es muy probable que el monarca, después de haber resuelto en persona los problemas del país, tuviera la intención de regresar a España junto con el gran duque y dejar a Margarita en su cargo de gobernadora general. Tampoco existe evidencia alguna que nos permita suponer que la intención del rey fuera traer consigo a una persona que pudiese suceder a su hermana en el gobierno de Flandes.

1. La llegada de Alba a Flandes y la pronta búsqueda de un sucesor

Una semana después de la llegada del duque de Alba a Bruselas, el 22 de agosto de 1567, Margarita volvió a ofrecer su renuncia, e insistió de nuevo el 8 de septiembre. En ambos casos, aducía como razón más importante para ser reemplazada «síntomas de fatiga y enfermedad». Por fin, a principios de octubre del mismo año, el rey aceptó su honrosa dimisión. En el penúltimo día del año, Margarita de Parma, después de haber traspasado sus competencias de gobierno al duque de Alba, se despidió de la corte y del país. De esta manera, el gran duque asumió también el cargo de gobernador general de los Países Bajos⁷.

A pesar de que las circunstancias habían cambiado, Felipe II y Alba aún creían que la estancia del duque en estas provincias septentrionales sería de corta duración. El nuevo gobernador general pensaba que en ese momento tenía la situación bajo control, pero su apreciación de la realidad del país era totalmente errónea.

A principios de 1568 un contingente armado bajo el mando del conde Luis de Nassau, un hermano del príncipe Guillermo de Orange, irrumpió en los Países Bajos. Tras una batalla en las cercanías de Jemmingen (provincia de Groninga) el día 21 de julio del mismo año, en la cual los rebeldes sufrieron una derrota terrible, y con la captura poco después de un grupo de rebeldes que habían desembarcado en la provincia del Flandes Flamenco (o *Flamingante* para diferenciarlo del Flandes *Galicante*, provincia francófona de Lille, Douai-Orchies), el gobernador pensó que había restablecido la paz. El duque volvió a equivocarse de nuevo. A lo largo del mes de octubre siguiente, el príncipe de Orange entró en la provincia de Brabante a la cabeza de un ejército de 30.000 mercenarios. Por falta de apoyo de parte de la población y, sobre todo, por falta de dinero para pagar las soldadas, a finales de noviembre se vio obligado a retirarse del país con sus tropas. Con esta retirada, Alba creía que había cumplido sobradamente el encargo

⁶ Carta autógrafa de Felipe II a Margarita de Parma, de 28 de mayo de 1567, en Gachard, L. P., *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas*, Bruselas, 1848, vol. I, doc. 584, p. 540; Parker, *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 96; Rachfahl, F., *Margaretha von Parma. Statthalterin der Niederlande, 1559-1567*. Múnich-Leipzig, 1898, p. 250.

⁷ Cartas de Margarita de Parma a Felipe II de 29 de agosto y 8 de septiembre de 1567, en Gachard, op. cit., vol. I, doc. 630, p. 567 y doc. 635, p. 570; Rachfahl, op. cit., pp. 264-265.

de pacificar las provincias y reprimir la revuelta, y por ello solicitó al rey su relevo. Ya se complacía con sólo pensar en la calurosa bienvenida que iba a recibir en España⁸.

Por desgracia para el gran duque, la situación en la corte española había cambiado tan radicalmente que el monarca tuvo que admitir que, por el momento, no era oportuno viajar a los Países Bajos. No se sabe si fueron las intrigas urdidas por el príncipe de Éboli o la propia situación existente en las Diecisiete Provincias, las que influyeron en la decisión del rey. Ciertamente, las principales causas de semejante demora eran sobre todo de carácter familiar y dinástico. En julio de 1568 el príncipe don Carlos había muerto repentinamente. Tres meses más tarde, falleció Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, después de haber dado a luz a su segunda hija. Además, en la Nochebuena de 1568, se alzaron en armas los moriscos de las Alpujarras, cerca de Granada. Si bien es cierto que a principios del año siguiente Felipe II aseguró a Alba que ya estaba buscando un nuevo gobernador, para que el duque pudiera regresar a casa, el rey no fijó ningún plazo al respecto. En espera del nombramiento de un sucesor, el gran duque recibió la orden de mantener su cargo de gobernador lugarteniente y capitán general, y seguir gobernando el país⁹.

Ya antes de que Felipe II le hubiese prometido el regreso a Alba, el secretario personal del duque, Juan de Albornoz, había vuelto a solicitar en el otoño de 1568 al secretario de Estado Gabriel de Zayas, el relevo de su patrón, porque había estado muy enfermo y su avanzada edad le impedía servir adecuadamente. Zayas era un partidario muy relevante de la facción del duque de Alba y había asumido el liderazgo de esta facción en la corte¹⁰. Ante la ausencia de respuesta, Albornoz reiteró su petición en marzo de 1569 aduciendo las mismas razones que mencionaba en su escrito precedente. Un mes después llegó la respuesta del secretario de Estado: en la corte circulaban varios nombres de personas que podrían ser candidatos para reemplazar al duque y recomendó a Alba que él mismo propusiera un sucesor. De esa manera, sería posible acelerar el procedimiento habitual. El motivo de esta recomendación sería también advertir al gran duque de que los candidatos que se barajaban no contaban con el apoyo de su facción¹¹.

Más o menos al mismo tiempo, el gobernador había comenzado a instruir a su hijo Fadrique como su sucesor, porque el relevo seguía demorándose. Pensaba que así podría alcanzar dos objetivos a la vez: contar con un sucesor de confianza que cumpliría las tareas de gobierno siguiendo sus directrices, y no verse obligado a recomendar para el cargo a uno de sus adversa-

⁸ Parker, *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., pp. 102, 108 y 110; y Meij, J. de, *De Watergeuzen en de Nederlanden, 1568-1572*, Amsterdam-Londres, 1972, p. 4.

⁹ Maltby, op. cit., p. 180; Parker, *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 111.

¹⁰ Sobre el enfrentamiento entre las facciones ebolista y albista respecto a la cuestión de Flandes, véase Escudero, J. A., *Felipe II: el rey en el despacho*, Madrid, Editorial Complutense, 2002, pp. 162-168. En este libro también se estudian las prácticas de despacho del monarca y el papel de sus secretarios a lo largo de todo el reinado.

¹¹ Cartas de Juan de Albornoz a Gabriel de Zayas de 24 de octubre y 22 de noviembre de 1568, Archivo General de Simancas (AGS), *Estado Flandes*, legajo 539, ff. 180 y 193; carta de Albornoz a Zayas de 11 de marzo de 1569, en *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España* (Codoin), vol. XXXVII (Madrid, 1860), pp. 573-574; carta de Zayas a Alba de 6 de abril de 1569, *ibidem*, vol. XXXVIII (Madrid, 1861), pp. 61-65; Martínez Millán, J., «Élites de poder en tiempos de Felipe II (1539-1572)», *Hispania*, XLIX, 171 (1989), p. 139.

rios. En este contexto, don Fadrique asistió con frecuencia a las reuniones del Consejo de Estado en Bruselas¹², acompañó a su padre en actos oficiales para ganar experiencia y asumió el mando ordinario en todos los asuntos militares. Pero en opinión de su padre, aún no estaba debidamente preparado para el cargo de gobernador y lugarteniente general. El gran duque era consciente (como escribió a su primo don García de Toledo) de que con el traspaso de los poderes militares a su hijo, cometía ya una grave infracción respecto a sus instrucciones de gobierno¹³.

El 12 de septiembre de 1569, el propio Alba pidió auxilio personalmente al secretario Zayas. Temía que no iba a sobrevivir a aquel invierno, porque el clima terriblemente frío y húmedo estaba deteriorando notablemente su salud. Si no se tomaba pronto resolución, se verían obligados a buscar un sucesor de forma apresurada. El duque estaba seguro de que esto último no sería ni favorable a los intereses del rey ni a la continuidad del gobierno. El gobernador volvió a pedir auxilio a Zayas en otra carta fechada el 31 de octubre¹⁴. Afortunadamente para Alba, logró pasar el invierno de manera más o menos razonable. A comienzos de la primavera de 1570, escribió al embajador de Felipe II en Francia, don Francés de Álava y Beaumont, que su salud mejoraba. Añadió con ironía que para gobernar los Países Bajos era necesario un esfuerzo sobrenatural, sobre todo teniendo en cuenta cuál era su avanzada edad. Temía que el rey, a pesar de todo, no lo quisiera reemplazar todavía. El gran duque tenía razón y el propio monarca le explicó los motivos. Le preocupaba que la situación en Flandes después de la partida de Alba empeoraría rápidamente. El solo hecho de la presencia y autoridad del duque y el respeto que gozaba en el país, contribuían en gran medida a mantener la estabilidad en esas provincias. Evidentemente el rey pensaba todavía que el trato tan riguroso y severo impuesto por el gobernador había restablecido la tranquilidad y la calma en los Países Bajos. Un cambio de sentido en el gobierno podría ocasionar nuevos desórdenes religiosos y políticos¹⁵. La actitud de Felipe II demostraba asimismo que, a pesar de la apasionada defensa de Ruy Gómez y los suyos, no se había decantado aún por introducir en aquellos estados un gobierno más moderado.

2. El nombramiento del duque de Medinaceli como sucesor de Alba

Aunque el gobernador y lugarteniente se mostró conforme con la voluntad de su monarca, en su correspondencia con don García de Toledo expresaba abiertamente cuáles eran sus verdaderos sentimientos sobre el gobierno de las provincias de Flandes, al que se refería como

¹² Baelde, M., *De collaterale raden onder Karel V en Filips II 1531-1578*, Bruselas, 1965, p. 246.

¹³ Carta de Alba a don García de Toledo, fechada en 1570. Biblioteca Nacional de Madrid (BNM), Ms. 1750, ff. 312-315. Don García de Toledo (1514-1578), segundo marqués de Villafranca, primo de Alba.

¹⁴ Codoín, vol. XXXVIII, pp. 186-187; carta de Alba a Zayas de 31 de octubre de 1569, en Gachard, *op. cit.*, vol. II, doc. 908, p. 111.

¹⁵ Carta de Alba a don Francés de Álava de 2 de abril de 1570, en Fitz-James Stuart, J., *Epistolario del III duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo*, vol. II (Madrid, 1952), doc. 1088, p. 357; carta confidencial de Felipe II a Alba de 4 de abril de 1570, en Codoín, vol. IV (Madrid, 1844), pp. 521-523; carta de Alba a Felipe II de 16 de abril de 1570, en Fitz-James Stuart, *op. cit.*, vol. II, doc. 1100, p. 357.

«este oficio negro»¹⁶. Pero había aún un rayo de esperanza: conmovido quizás por las numerosas súplicas de Alba y Alborno, Felipe II hizo saber al gran duque a fines de octubre de 1570 que había nombrado para su sucesión como gobernador lugarteniente y capitán general en los Países Bajos a don Juan de la Cerda, cuarto duque de Medinaceli. Encargó entonces a Alba que refiriese por escrito los asuntos y temas más importantes para que el nuevo gobernador estuviera bien enterado y preparado para ejercer su tarea. Al mismo tiempo, albergaba la esperanza de que el sucesor pudiera hacerse a la vela para Flandes en el primer período de vientos favorables que se esperaba (enero de 1571), de manera que el gran duque pudiese regresar con la mayor brevedad a España¹⁷. Alba ya conocía las intenciones del rey de manera extraoficial, puesto que a principios de julio de 1570 ordenó al miembro del Consejo Privado Cristóbal d'Assonleville, que mandase al presunto sucesor una relación general sobre la situación existente en los Países Bajos. Este documento cuenta con 125 páginas e incluye una introducción explicativa¹⁸.

El lugar y la fecha de nacimiento de Medinaceli son desconocidos, pero se presume que nació en 1530. Fue el primer hijo del segundo matrimonio de don Juan de la Cerda (segundo duque de Medinaceli) y doña María de Silva, hija del conde de Cifuentes. Heredó el título ducal cuando su medio hermano mayor don Gastón falleció sin sucesor. También poseía los títulos de conde del Puerto de Santa María y marqués de Cogolludo. Era de nobleza un poco más antigua que la de Alba y pertenecía como éste a las familias de la Grandeza española, que fueron reconocidas por el emperador Carlos V en 1520¹⁹. En el año 1554, fue uno de los testigos del matrimonio de Felipe II con María Tudor, junto con el duque de Alba, el marqués de Berghes y el conde Lamoral de Egmond. Tenía mucha experiencia en asuntos de administración y gobierno, ya que desde 1557 a 1561 fue virrey de Sicilia, y durante su mandato tuvo lugar el fracaso de la reconquista de la ciudad de Trípoli en 1559-1560. Desempeñó después el cargo de virrey en Navarra de 1564 a 1570, pero el de gobernador lugarteniente y capitán general de los Países Bajos era de mucha mayor importancia y constituía la coronación de su carrera profesional. Sin embargo, Medinaceli era más un administrador burocrático que soldado, y por eso le asignaron como comandante del ejército al experimentado maestro de campo Julián Romero²⁰.

¹⁶ Carta de Alba a don García de Toledo, fechada en 1570, BNM, Ms. 1750, ff. 312-315.

¹⁷ Carta confidencial de Felipe II a Alba de 28 de octubre de 1570, AGS, *Estado Flandes*, legajo 544, fol. 3; carta de Felipe II a Alba de 31 de octubre de 1570, *ibidem*, fol. 196; carta de Felipe II a Alba fechada en octubre de 1570, *ibidem*, fol. 197d.

¹⁸ Carta de Felipe II a Alba de octubre de 1570, AGS, *Estado Flandes*, legajo 544, fol. 197; *Instrucciones y ordenanzas respecto a la justicia y asuntos relacionados, cuestiones militares, administraciones generales y provinciales en Flandes...*, de 5 y 9 de julio de 1570, Archivo Ducal de Medinaceli (ADM), *Sección Archivo Histórico*, caja 28, doc. 49; y Grapperhaus, F., *Alba en de Tiende Penning*, Davenport/Zutphen, 1982, p. 91.

¹⁹ Janssens, G., «Juan de la Cerda, hertog van Medina-Celi», *Spiegel Historiae*, año 9, 4 (abril 1974), pp. 222-227; López de Haro, A., *Nobiliario Genealógico de los Reyes y Títulos de España*, Madrid, 1622, pp. 78-86; Trevor Davis, B., *The Golden Century of Spain 1501-1621*, Londres, 1961, p. 4.

²⁰ Van Durme, M., *El Cardenal Granvela (1517-1586). Imperio y revolución bajo Carlos V y Felipe II*, Barcelona, 1957, pp. 166 y 183; Lynch, J., *Spain under the Habsburgs*, vol. I, «Empire and Absolutism 1516-1598», Oxford, 1981,

Alba se sintió un poco decepcionado con la elección del rey, porque el sucesor era un partidario de la facción de sus adversarios políticos en la corte española. Su apoyo al príncipe de Éboli también se advertía en su defensa de una política más moderada y flexible respecto a los problemas de gobierno en Flandes. Para el gran duque, este nombramiento demostraba que la influencia de su facción en la corte estaba disminuyendo. En la elección del rey, también influyó su deseo de iniciar una nueva política respecto a la aplicación de indultos o amnistías. Una medida que combinaba ambos aspectos consistía en decretar un perdón general.

Felipe II había empezado a darse cuenta de que la manera tan represiva de gobernar seguida por Alba, no daba el resultado previsto. Además, este cambio le convenía mucho al monarca, ya que por entonces se habían publicado en los Países Bajos las *Ordenanzas criminales*, en las cuales también se confirmaban medidas de gracia que ya habían estado vigentes durante el reinado de su padre. Entrando de nuevo en vigor este derecho de gracia, el monarca tenía la posibilidad de intervenir en todos los casos civiles y criminales. Estas ordenanzas fueron promulgadas para reprimir y acabar con los abusos existentes en la justicia penal de las Diecisiete Provincias. Fue necesario reformar y unificar sus costumbres locales mediante la codificación de una gran variedad de derechos consuetudinarios y la introducción de un derecho culto y escrito en la materia²¹.

Pero todo esto no podía disimular el alivio que sentía el gobernador por el nombramiento de Medinaceli. Su estado de ánimo salta a la vista en una confidencia que hizo don García de Toledo a don Hernando de Toledo a principios de julio de 1571. Don García escribió que el gran duque estaba tan ansioso de salir de Flandes que incluso se iría con gusto a las Indias. Y el propio Alba confió al embajador Álava que estaba muy contento con el nombramiento de Medinaceli, pues él ya se sentía muy fatigado y pensaba haber demostrado claramente que no le sobraban muchas fuerzas para gobernar bien el país. Esto se debía a la reanudación de las negociaciones sobre la imposición del décimo, semejante a la alcabala en Castilla, y la aversión que tenían contra él no sólo los Estados de Flandes, sino también los hombres de negocios y los tenderos²².

p. 236 (trad. esp. *España bajo los Austrias*, Barcelona, Península, 1982); copia de una acta notarial de 3 de mayo de 1567, ADM, *Archivo Histórico*, caja 8, fol. 6. Conde Lamoral de Egmond, príncipe de Gavres (1553), se destacó como general en las batallas de San Quintín y Gravelinas; desde 1559, estatúder de las provincias de Flandes y Artois, y miembro del Consejo de Estado, fue acusado de «Lessae Majestatis» y ejecutado en el mes de junio 1568 en Bruselas.

²¹ Schepper, H. de, «Pena o Gracia en Flandes bajo Carlos I y Felipe II, 1521-1598», en Martínez Millán, J. (dir.), *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, vol. I, tomo II (Madrid, 1999), pp. 802 y 806; Janssens, G., *Brabant in het Verweer. Loyale oppositie tegen Spanje's bewind in de Nederlanden van Alba tot Farnese*, Kortrijk/Heule, 1989, p. 215; Vrugt, M. van de, *De criminele ordonnantiën van 1570. Enkele beschouwingen over de eerste strafrechtcodificatie in de Nederlanden*, Zutphen, 1978; Wolf, J.G.C. de, *Het beleid van Alba in de Nederlanden 1567-1573*, tesina de licenciatura de la Universidad Estatal de Utrecht, Utrecht, 1994, p. 40.

²² Carta de Alba a don Francés de Álava de 28 de octubre de 1570, en Fitz-James Stuart, *op. cit.*, vol. II, doc. 1167, p. 447; carta de don García de Toledo a don Hernando de Toledo de 8 de julio de 1571, en Codoin, vol. XXXV, pp. 482-484. Don Hernando de Toledo (1527-1591), hijo ilegítimo de Alba. Carta de Alba a Felipe II de 23 de septiembre de 1570, en Fitz-James Stuart., *op. cit.*, vol. II, doc. 1430, p. 738.

Semejante aversión se aprecia en un enemigo declarado de Alba, Morillon, el cual era de la opinión que la partida del duque sería una bendición para los Países Bajos. El ilustre humanista español, Benito Arias Montano, que se encontraba en Amberes por orden del rey preparando junto con Cristóbal Plantino la edición de una Biblia políglota, compartía ese mismo punto de vista: una prolongada estancia de Alba no resultaría beneficiosa para el país. Según estas observaciones, se podría decir que el nombramiento de don Juan de la Cerda se produjo precisamente en el momento justo. Montano era en esa época un admirador del gran duque, pero también actuaba como un confidente de Felipe II y gracias a él el monarca se enteraba por otras fuentes de cuál era la verdadera situación en Flandes²³.

3. Retrasos en la preparación del viaje y partida del nuevo gobernador

Las esperanzas que Felipe II y el duque de Alba tenían sobre un pronto viaje del nuevo gobernador a los Países Bajos, se desvanecieron ante una serie de acontecimientos imprevistos. En primer lugar, Medinaceli no demostraba tener ninguna prisa para emprender su viaje. Estudiaba con toda tranquilidad de qué manera iba a viajar. La ruta marítima parecía la mejor y la más segura, pese a la presencia de piratas y rebeldes en la costa flamenca, y a la imprevisible climatología del golfo de Vizcaya. Su demora hizo perder la paciencia a Alba, que decidió, por propia iniciativa, aconsejar a su sucesor sobre cómo viajar. El secretario del Consejo Privado en Bruselas Esteban Prats también intervino en este asunto y advirtió a Zayas de que la demora sin fin de Medinaceli tenía un efecto desastroso en los Países Bajos, porque debilitaba seriamente la autoridad real y la posición de Alba en el país. El secretario recomendó además que el gran duque se mantuviera en su puesto por lo menos hasta fines de 1571, por si la partida del sucesor se demoraba aún más²⁴. Aunque no se conoce la verdadera causa del aplazamiento, todos los indicios (probablemente debido a la llegada de informaciones y noticias preocupantes desde los Países Bajos) apuntan a que el sucesor lamentaba mucho su decisión de haber aceptado el nombramiento. Quizás esperaba que si retrasaba su partida a toda costa el monarca se vería obligado a nombrar a otra persona para el cargo.

En segundo lugar, surgieron problemas en la composición de la flota y en el aprovisionamiento de las naves y de los 2.000 soldados que Medinaceli debía llevar consigo a Flandes. Originariamente, Medinaceli tenía la intención de servirse de las naves que habían traído en octubre de 1570 a Ana de Austria, la nueva reina española, a su nueva patria. Esas naves iban a

²³ Kamen, H., *Felipe de España*, México-Madrid, 1997, p. 152; Rekers, B., *Benito Arias Montano 1527-1598*, Groninga, 1961, p. 27; y Grapperhaus, op. cit., p. 209. Maximiliano Morillon (1516-1586), vicario general de la archidiócesis de Malinas, hombre de confianza y confidente del cardenal Granvela; Benito Arias Montano (1527-1598), ilustre exégeta español que editó en 1568 la famosa *Biblia Regia*, una Biblia políglota en cinco idiomas; y Cristóbal Plantino (hacia 1520-1589), famoso encuadernador, impresor y editor de libros en varias lenguas.

²⁴ Cartas de Felipe II a Medinaceli de 31 de enero de 1572, en Codoin, vol. XXXV, pp. 519 y 521; carta de Esteban Prats a Zayas de 14 de enero de 1572, *ibidem*, pp. 513-515. Esteban Prats fue de 1553 a 1574 secretario del Consejo Privado en Bruselas.

volver de inmediato a Flandes. En cuanto se vio que esto no era posible, Felipe II expresó su deseo de que el nuevo gobernador viajara en el próximo período de vientos favorables²⁵. Tampoco pudo ser debido, en parte, a las malas condiciones climatológicas y, sobre todo, a un fuerte descenso de las temperaturas en el golfo de Vizcaya que no estaban previstas; pero también ante la actitud remolona del propio duque de Medinaceli. Poco después, la mayoría de los grandes buques que le aguardaban en el puerto de Santander, fueron designados para viajar a las Indias²⁶.

Zayas informó el 5 de julio de 1571 a Juan de Albornoz de que la partida del sucesor ya estaba próxima, porque el rey le había ordenado emprender el viaje²⁷. Añadía que se esperaba que pudiera llegar a los Países Bajos en el mes de agosto siguiente —si el tiempo lo permitía—; la flota y los soldados ya estaban listos. Poco tiempo después, Felipe II confirmó esta noticia al gran duque. Pero un mes más tarde la flota aún se encontraba en España, parte de las provisiones necesarias para la armada no se habían embarcado y hacía falta un decreto real para librar la artillería y la munición que acompañaría a las tropas. Finalmente, el propio don Juan de la Cerda fue el causante de otro retraso, porque quería asistir de todas formas al matrimonio de su cuñada²⁸.

Felipe II también contribuyó a este retraso. Demoró el nombramiento oficial del duque de Medinaceli como nuevo gobernador y lugarteniente de las provincias de Flandes hasta el 25 de septiembre, fecha en la que se le hizo entrega formal de las cédulas patentes de nombramiento e instrucciones provisionales²⁹. Y tardó hasta noviembre para que Medinaceli recibiera no sólo sus instrucciones formales para el gobierno general, los asuntos de finanzas y las cuestiones relacionadas con el ejercicio de la religión católica, sino también sobre el estado en que se encontraban las negociaciones con la reina Isabel de Inglaterra. En las relaciones entre la Monarquía española e Inglaterra reinaba en ese momento una atmósfera tensa. En 1568, cinco naves españolas que huían de una fuerte tempestad, buscaron refugio en el puerto inglés de Plymouth. Iban cargadas de mercancías, dinero y productos para la exportación. La reina, que padecía una crónica falta de dinero, impuso un embargo sobre las 400.000 coronas de oro que

²⁵ Carta de Felipe II a Alba de 24 de octubre de 1570, AGS, *Estado Flandes*, legajo 544, fol. 195; relación de los dineros necesarios para armar la flota, preparada en Bilbao el 17 de enero de 1571 por Juan de Recalde, AGS, *Guerra Antigua*, legajo 75, fol. 42; poder otorgado por Felipe II a Joan de Macateve para pagar las provisiones necesarias para 2.000 soldados, AGS, *Guerra Antigua*, legajo 75, fol. 85/2; relación anónima y sin fecha de las naves, provisiones y soldados que iban a los Países Bajos, en Codoin, vol. XXXVI, p. 8.

²⁶ Carta del cardenal Granvela a Alba de 11 de enero de 1571, Archivo Ducal de Alba (ADA), caja 32, doc. 185; carta de Cristóbal de Barros a Felipe II de 16 de abril de 1571 con una relación de las naves disponibles y los puertos en que estaban, AGS, *Guerra Antigua*, legajo 75, fol. 13; cartas de Gracián a Felipe II sobre el embargo de barcos para las Indias, *ibidem*, ff. 104-105; cartas de Felipe II a Alba del 15 de marzo de 1571, AGS, *Estado Flandes*, legajo 547, ff. 144-145.

²⁷ Carta de Zayas a Albornoz de 5 de julio de 1571, *ibidem*, fol. 57.

²⁸ Carta de Felipe II a Alba de 10 de octubre de 1571, *ibidem*, fol. 75; carta de Zayas a Alba de 5 de agosto de 1571, ADA, caja 7, doc. 64; carta de Macateve a Joan Delgado de 12 de septiembre de 1571, AGS, *Guerra Antigua*, legajo 75, fol. 85. Joan Delgado era secretario del Consejo de Hacienda en Madrid.

²⁹ Copia en francés del acta de nombramiento, ADM, *Sección Archivo Histórico*, caja 8, doc. 5.

se encontraban a bordo. Cuando después se enteró por dos ciudadanos genoveses que se hallaban en la corte inglesa, que ese capital procedía de un préstamo, tomó la decisión de quedárselo y se mantuvo sorda a las insistentes peticiones del duque de Alba para que devolviese todo el cargamento³⁰. Por orden del rey, como medida de represalia, el gobernador decretó un embargo sobre todos los bienes ingleses en los Países Bajos, e Isabel hizo lo mismo con todas las propiedades españolas en Inglaterra. La situación se agravó ante el apoyo que la reina prestaba de muchas maneras a los rebeldes flamencos que permanecían refugiados en su país. El gran duque mantenía la calma y procuraba resolver estos problemas por la vía diplomática³¹.

El 8 de noviembre Medinaceli recibió las últimas instrucciones complementarias: el rey le prohibía convocar las reuniones del Consejo de Estado sin su autorización. El mal tiempo era el último obstáculo para emprender en breve el viaje. Por fin, el 6 de diciembre de 1571, don Juan de la Cerda anunció que se había embarcado y que pensaba poder partir al día siguiente, cuando hubiese concluido la leva de la marinería³². Pero no partió, y no se conoce tampoco la razón de esta nueva demora. A mediados de enero de 1572 el clima era tan malo que obligó incluso a los soldados a desembarcar y descargar parcialmente los barcos de la armada. A finales de aquel mes, el nuevo gobernador pidió al rey su consentimiento para poder emprender al viaje por tierra. Felipe II rechazó semejante petición e instó a Medinaceli a darse prisa con su viaje por mar en el momento que el tiempo lo permitiese. A mediados de febrero el sucesor aún no había emprendido su viaje, de hecho, la flota había consumido todos los víveres y tenía que volver a aprovisionarse³³.

En una carta fechada el 9 de febrero de 1572, Alba recordó al secretario Zayas, un poco desesperado, que originariamente la intención de su estancia en los Países Bajos se limitaría a seis meses; pero que llevaba ya más de cinco años allí. Esta confidencia no le sirvió de mucho, porque las tensiones internacionales con Inglaterra obligaron a Medinaceli a quedarse en su puerto de partida. A raíz de la interceptación y detención de cuatro navíos vascos que fueron llevados a los puertos de Portsmouth y Bristol, donde fueron descargados por orden de la reina de Inglaterra, Felipe II aconsejó al nuevo gobernador que no entrase en un puerto británico bajo ninguna circunstancia y que llevase consigo tantos soldados como fuera posible³⁴. Asimismo el fracaso de una conspiración promovida por el agente real español Ridolfi y el duque de Norfolk para destronar a la reina Isabel en favor de la reina de Escocia, María Estuardo, tuvo

³⁰ Carta sin fechar de G. de Spes, embajador de Felipe II en Inglaterra (encontrada entre documentos de 1569), en Codoin, vol. XC, pp. 178-182.

³¹ Grapperhaus, *op. cit.*, p. 95; Meij, *op. cit.*, pp. 78-80; y Maltby, *op. cit.*, pp. 189-190.

³² Carta de Felipe II a Medinaceli de 3 de diciembre de 1571, ADM, *Archivo Histórico*, caja 8, doc. 7; carta de Medinaceli a Felipe II de 6 de diciembre de 1571, AGS, *Guerra Antigua*, legajo 75, fol. 74.

³³ Carta de Felipe II a Medinaceli de 31 de enero de 1572, ADM, *Archivo Histórico*, caja 8, doc. 7; carta de Zayas a Medinaceli de 24 de febrero de 1572, *ibidem*, caja 28, doc. 59; resumen de lo que Felipe II escribió a Medinaceli el 2 de febrero de 1572, AGS, *Estado Flandes*, legajo 1504, fol. 206.

³⁴ Carta de Alba a Zayas de 9 de febrero de 1572, AGS, *Estado Flandes*, legajo 551, fol. 60; cartas de Felipe II a Alba de 22 y 25 de marzo de 1572, *ibidem*, legajo 553, ff. 91 y 92.

como consecuencia una mayor actividad de la flota inglesa en el Canal de la Mancha y produjo una nueva demora en el viaje de Medinaceli. Entretanto surgió otro problema: el puerto de Flusinga (Vlissingen) en la provincia de Zelanda, llave para entrar en Flandes, se había sublevado contra los españoles³⁵.

Transcurrió así hasta abril de 1572 antes de que Medinaceli pudiera partir. Al fin, el día 16 de ese mes, después de que su hijo Sancho, que llevaba consigo las últimas cartas del rey, también se hubiese embarcado, el duque se hizo verdaderamente a la vela. Sin embargo, una tormenta repentina en el golfo de Vizcaya le obligó a regresar. Después de una orden rigurosa del monarca en estos términos: «Conforme a esto usareis de la mayor diligencia que fuere posible, así en partir de ahí...»³⁶, y ante la presión del duque de Alba desde los Países Bajos, el sucesor partió por segunda vez el 1 de mayo de 1572, encabezando una armada de 47 navíos. También ahora se vio obligado a regresar; esta vez por la acuciante carencia de víveres y la falta de dinero para comprar nuevas provisiones. Presumiblemente esto pudo deberse a la corrupción de los proveedores de la armada, que habían suministrado muchas menos reservas de las acordadas. Después de que Felipe II mandara dinero extra para aprovisionar la flota como era necesario, ordenó de nuevo su partida inmediata. El 14 de mayo de 1572 la armada del duque de Medinaceli se hizo por tercera vez a la vela y en esta ocasión navegó verdaderamente hasta los Países Bajos³⁷.

El hecho de que el rey tuviera que mandar varias veces órdenes imperativas a don Juan de la Cerda para que éste emprendiera por fin su viaje y que por diversas razones el duque no las cumpliera, puede indicar, por una parte, que el monarca no se hallaba en condiciones de ejercer una gran autoridad sobre los Grandes españoles, al menos, como quisiera, pero, por otra parte, puede que Felipe II todavía no contara con otro candidato en reserva para este difícil puesto.

4. La llegada agitada de Medinaceli a los Países Bajos

En el transcurso de los primeros meses de 1572 la conflictividad en los Países Bajos había experimentado una escalada de violencia. El primero de abril los rebeldes ocuparon el pueblo de Briel en la provincia de Holanda. Cuando esto se supo en todo el país, varias ciudades holandesas y zelandesas abrieron sus puertas a los rebeldes. Más o menos al mismo tiempo, el duque de Alba quiso imponer con mano dura la contribución del décimo y su argumento más pode-

³⁵ Carta sin fechar de Felipe II al cardenal Espinosa, Instituto Valencia de Don Juan (IVDJ), envío 21, ff. 39-46; carta de Felipe II a Alba de 17 de mayo de 1572, AGS, *Estado Flandes*, legajo 553, fol. 99; Parker, G., *La gran estrategia de Felipe II*, Madrid, 1998, p. 273; Sicking, L., *Zeemacht en onmacht. Maritieme politiek in de Nederlanden 1488-1558*, Amsterdam, 1998, p. 282, n. 50.

³⁶ Carta de Felipe II a Medinaceli de 26 de abril de 1572, en Codoin, vol. XXXV, pp. 568-570.

³⁷ Carta de Felipe II a Medinaceli de 16 de abril de 1572, ADM, *Archivo Histórico*, caja 8, doc. 7; carta de Felipe II a Medinaceli de 15 de mayo de 1572, *ibidem*, caja 11, fol. 92; carta de Alba a Felipe II de 24 de mayo de 1572, AGS, *Guerra Antigua*, legajo 76, fol. 106.

roso era que las provincias de Flandes debían costear por sí mismas los gastos que el gobierno central tenía que hacer para su defensa y seguridad. Una consecuencia adicional, pero muy conveniente, de este nuevo impuesto era que Felipe II no tendría que enviar más dinero a los Países Bajos, y podría por lo tanto usar mayores recursos para la guerra contra los turcos en el Mediterráneo. Pero la cooperación en esta materia por parte de los Estados era mínima, puesto que en caso de implantarse dicho impuesto, ellos perderían todo el poder de decisión sobre la concesión del dinero y la posibilidad de participar en la política del gobierno. Además, se consideraba que el décimo era un impuesto nocivo para el comercio y que solamente serviría para pagar a soldados extranjeros. Sin embargo, y esto era quizás lo más importante, los nuevos impuestos representaban un símbolo de todos los aspectos odiosos del gobierno del gran duque y ya sólo por eso provocaban una amplia resistencia. Las veladas amenazas de violencia hechas por parte del gobernador general causaron aún más irritación. Alba no toleraba la menor pérdida de prestigio, y no podía permitirse un aplazamiento ante su acuciante necesidad de dinero. Las negociaciones sobre la introducción del décimo supusieron mucho más tiempo del que el duque había previsto y provocaron no sólo que él se exaltase cada vez más, sino también que se endureciesen las exigencias por ambas partes³⁸.

En los Países Bajos, todas las esperanzas se hallaban puestas en la llegada de Medinaceli, pues de él se esperaba un gobierno más flexible. El pueblo lo consideraba como un pacificador, cuya imagen se identificó, mediante una paráfrasis de su nombre, con una «*medicina coeli*» (medicina del Cielo). Alba temía esas esperanzas y rogó al rey que le apoyara en su manera de gobernar: el sucesor tendría que adaptarse a sus decisiones. El gran duque consideraba que un arreglo de las cuestiones fiscales sería de gran importancia tanto para el rey como para el país. Apuntaba además que las negociaciones se encontraban en su fase final. El 20 de abril la petición de Alba fue aprobada por Felipe II, el cual le pidió que en primer lugar finalizase las negociaciones en curso y que después traspasase sus competencias en los Países Bajos a su sucesor³⁹.

Nueve días después de esta aprobación, el rey mandó a Alba la orden formal de quedarse en Flandes, porque el monarca lo consideraba de mayor interés para el reino. Añadió que esperaba que la prorrogada estancia del duque se limitaría lo más posible. Al día siguiente escribió lo mismo a Medinaceli, explicándole que Alba tendría que quedarse como gobernador y capitán general hasta que sus importantísimas negociaciones sobre la introducción del décimo hubieran concluido (Medinaceli recibió esta carta el día que desembarcó en Flandes). Entre tanto, el rey le dio la severa consigna de no interferir de ninguna manera en cualquier negocio que estuviese bajo competencia de Alba. Tampoco debía dejarse influir por personas que le quisieran

³⁸ Grapperhaus, *op. cit.*, pp. 98 y 233; y Parker, *España y la rebelión de Flandes*, *op. cit.*, p. 128.

³⁹ Carta de Felipe II a Alba de 20 de abril de 1572, AGS, *Estado Flandes*, legajo 547, fol. 71; carta de Felipe II a Medinaceli de 15 de mayo de 1572, en Fitz-James Stuart, *op. cit.*, vol. III, doc. 1554, pp. 40-41; Janssens, G., «Oordeel van tijdgenoten en historici over Alba's bestuur in de Nederlanden», *Belgisch Tijdschrift voor Filologie en Geschiedenis*, LIV (1976), p. 480; y Grapperhaus, *op. cit.*, p. 256.

implicar en cuestiones de importancia como la del décimo. En interés del rey, el sucesor debía obedecer y ejecutar sin falta todas las órdenes dictadas por el gran duque⁴⁰.

Medinaceli echó el ancla frente a Blankenberge en la costa flamenca a 10 de junio de 1572. Con esta acción ignoraba un muy serio aviso de Alba, que le recomendaba no anclar en las cercanías de Flusinga (porque no era ya puerto seguro) o en la desembocadura del río Escalda. Una tormenta le impidió desembarcar. Al día siguiente, Medinaceli mandó cuatro embarcaciones pequeñas por delante hacia el puerto de la Esclusa (Sluis en la provincia de Flandes) y al llegar allí, descubrieron que los rebeldes habían bloqueado el puerto. Lo que no sabían era que también habían quitado las balizas que marcaban los bancos de arena. Las naves españolas embarrancaron enseguida en estos bancos y fueron atacadas de inmediato. Los rebeldes lograron capturar dos de ellas, e incendiaron las otras dos. Como reacción a este ataque, Medinaceli mandó que varios navíos grandes entrasen en el puerto sin ayuda de un piloto experimentado, para ahuyentar a los atacantes con sus grandes cañones. El resto de la armada que permanecía fuera del puerto —más o menos unas cuarenta naves—, aprovechó la presencia de una flota mercantil zelandesa que regresaba de Portugal para poder pasar a salvo junto a Flusinga y amarrar en el puerto seguro de Rammekens.

Medinaceli y su comandante de la infantería embarcada Julián Romero habían bajado a tierra. El sucesor mandó aviso inmediatamente al duque de Alba. Éste envió de prisa al capitán Sancho Dávila con algunas banderas de soldados españoles a la zona amenazada de Zelanda y encargó a Adriano de Gomincourt y al señor de Serooskercken que diesen la bienvenida a don Juan de la Cerda y le ofreciesen sus servicios. A Medinaceli le ordenó atacar y tomar la ciudadela de la Esclusa, y fortificarla por la retaguardia, para lo cual podría utilizar las tropas traídas de España. Después de un breve combate cumplió con su orden. Mientras tanto el gran duque mandó al conde de Lalaing a la Esclusa para ponerse a disposición del nuevo gobernador, acompañarlo a Bruselas, y asistirle y aconsejarle durante el viaje⁴¹.

El duque de Alba estaba tan encantado con la llegada de su sucesor que le escribió diciendo que podría mandarle cada hora una nueva carta de bienvenida. Aún más clara fue su confesión al cardenal Diego de Espinosa cuando comentó que ya estaba cerca el día en que podría partir de «esta prisión» (en referencia al gobierno de Flandes). Si bien es cierto que aún no fue relevado de su cargo, por lo menos veía acercarse el fin de su larga estancia en aquellas tierras.

⁴⁰ Carta de Felipe II a Alba de 29 de abril de 1572, AGS, *Estado Flandes*, legajo 553, fol. 97; carta de Felipe II a Medinaceli de 30 de abril de 1572, *ibidem*, fol. 20.

⁴¹ Relación anónima y sin fechar de la llegada de Medinaceli a los Países Bajos, AGS, *Estado Flandes*, legajo 550, fol. 46; carta de Alba a Medinaceli de 27 de abril de 1572, en Codoín, vol. XXXV, p. 569; carta de Alba a Felipe II de 13 de junio de 1572, AGS, *Estado Flandes*, legajo 551, fol. 144; carta de Albornoz a Zayas de 14 de junio de 1572, *ibidem*, fol. 157; cartas de Alba a Medinaceli de 11, 12 y 17 de junio de 1572, AGS, *Estado Flandes*, legajo 552, ff. 139 (1, 3 y 8); carta de Antonio de Borgoña, señor de Wacken, a Alba de 12 de junio de 1572, Algemeen Rijksarchief Brussel (ARAB), *Audientie*, reg. 342, fol. 207; relación de lo sucedido en La Esclusa de 10 a 17 de junio de 1572, en Codoín, vol. XXXV, pp. 53-56. Conde Philippe de Lalaing (1537-1582), barón de Escornaix, desde 1574 estatúder de Henao y gobernador de Valenciennes; Adriano de Gomincourt, señor de Cunchy, Lignereule y Mazières; y Filiberto de Serooskercken (1537-1579), gran baile y recaudador general de Zelanda al oeste del río Escalda.

Además, estaba muy contento con las nuevas tropas y con el dinero que traía consigo el sucesor. También el secretario Albornoz, que por lo menos estaba tan ansioso de salir de los Países Bajos como su amo, se mostraba muy contento con la llegada de Medinaceli. De todas maneras, opinaba que había habido algunos problemas con su venida, porque los rebeldes de Flusinga recibieron al sucesor con hostilidad y no se encontraban tropas españolas en las cercanías para ayudarle a desembarcar.

Don Juan de la Cerda partió desde la Esclusa pasando por Brujas y Gante hasta Bruselas, donde llegó el 19 de junio de 1572. Sobre esta breve jornada escribió Julián Romero a Zayas: «de manera que todo este país de Flandes y Brabante han demostrado, á lo que parece, gran contentamiento con la venida del duque de Medina, porque es tan grande el aborrecimiento que tienen al nombre de la casa de Alba»⁴².

5. Una situación comprometida para Medinaceli

Pese a la alegría general que produjo su llegada a Flandes, enseguida surgió una situación casi insostenible para el nuevo gobernador. Como hemos señalado anteriormente, Medinaceli no tenía ninguna autorización para entrometerse en los asuntos de gobierno del país. De hecho, solamente podía prestar ayuda dando consejo a Alba y por lo demás esperar pacientemente a que éste terminara las negociaciones con los Estados y partiese después lo más pronto posible. Desde esta perspectiva también se puede explicar la recepción ciertamente cortés, pero muy modesta que el gobernador y su hijo dispensaron al sucesor. Esto representó un gran contraste con la entusiástica acogida que la población de Bruselas le había dado. Las relaciones personales y las posiciones políticas existentes entre ambos protagonistas eran claras.

La presencia simultánea de dos gobernadores lugartenientes resultó ser una constante fuente de problemas. Resulta ilustrativo el incidente que surgió con el pago del sueldo correspondiente al duque de Medinaceli. Felipe II escribió a su pagador general del ejército español en los Países Bajos, Francisco de Lixalde, que había concedido al nuevo gobernador también una compensación de gastos extraordinarios de 1.000 escudos al mes, fuera del salario normal de 36.000 libras anuales. En relación con esta carta, el Consejo de Finanzas en Bruselas ordenó al recaudador general Nicolás Baert que pagara dicho sueldo a partir del mes en que Medinaceli emprendió su viaje hacia este nuevo destino. El dinero para pagar el sueldo debería proceder de los ingresos de las finanzas nacionales o de bienes confiscados, pero no se había efectuado pago alguno. Posiblemente fuera un síntoma de la precaria situación en que se encontraban las finanzas del país. Ésta pudiera ser la explicación por la que dos meses más tarde, el rey repitió su orden al Consejo para que pagase dicho salario y pidió a Alba que velara por

⁴² Carta de Albornoz a Zayas de 14 de junio de 1572, AGS, *Estado Flandes*, legajo 551, fol. 157; cartas de Alba a Medinaceli de 12, 13, 14 y 17 de junio de 1572, *ibidem*, legajo 552, fol. 139 (2); carta de Alba a Diego de Zúñiga de 20 de junio de 1572, en Fitz-James Stuart, *op. cit.*, vol. III, doc. 1612, p. 145; carta de Medinaceli a Felipe II de 24 de junio de 1572, en Codoin, vol. XXXVI, pp. 78-80; carta de Julián Romero a Zayas de 24 de junio de 1572, en Codoin, vol. LXXV, pp. 59-62.

el cumplimiento de la misma. A fines de noviembre, el gobernador solicitó al tesorero general de Finanzas, Gaspar Schetz, que le informase sobre la situación, y de paso le encargó que si fuera necesario, buscara otros medios para hacer efectivo el pago. Todo seguía igual.

En una declaración fechada el 11 de marzo de 1573, los Estados de la provincia del Flandes flamenco aprobaron la concesión de un préstamo para pagar un anticipo del sueldo de Medinaceli, bajo la condición habitual de que el importe del préstamo se descontaría del donativo ordinario. Pero los Estados añadieron una condición especial que representaba una ofensa para el gran duque, pues exigían a cambio la abolición del décimo. Esta propuesta era inaceptable para Alba y así se esfumó esta posibilidad de prestarle el dinero necesario. Cuando a principios de abril era obvio que aún no se había podido pagar ni un maravedí del sueldo del sucesor, Alba obligó al tesorero general a suspender todos los pagos a cargo de las finanzas del país, hasta que se hubiera encontrado una solución al problema. Por fin, en los últimos días de junio de 1573, se alcanzó un acuerdo con el clero de la provincia de Henao para otorgar un empréstito de bonos por un importe de 40.000 libras, bajo las condiciones normales que contemplaban la reducción de esta cifra de la acostumbrada petición real de donativos. Así, transcurrido más de un año después de la llegada de Medinaceli, fue posible pagarle su sueldo, y se le abonaron también unas 300 libras de intereses⁴³.

Enseguida quienes conocían mejor el gobierno de Flandes se dieron cuenta de que las relaciones personales entre los dos duques no eran como deberían ser. Entre las causas cabría señalar, por una parte, la posición política contraria que ambos representaban en la corte española y, por otro, la irritación que sentía Alba por la larga demora en la llegada de su sucesor, la imposibilidad de hacer nombrar a su hijo para este cargo y las fricciones que ocasionaban los poderes desiguales de ambos duques. También diferían profundamente en cuanto a la forma, el contenido y la manera de promulgar un nuevo perdón general. Además, Medinaceli, pese a la orden explícita dictada por el rey, se dejó influenciar por los nobles locales. Particularmente un grupo de gentilhombres aglutinados en torno a Philippe de Croÿ, duque de Aerschot, y Federico de Perrenot, señor de Champagny, gozaban de mucha influencia sobre el nuevo gobernador, y trataban de atraerlo hacia sus propios intereses. Estaban muy al tanto de que las intenciones de Medinaceli eran acabar con la guerra, proclamar una amnistía general y abolir el décimo. Para conseguirlo le abrumaban con memoriales, consejos e informaciones sobre supuestos abusos cometidos por Alba. Acerca del décimo (o *diezmo*), Medinaceli llegó a opinar: «mal haya el diezmo y quien lo inventó, que es la causa de todo esto»⁴⁴.

⁴³ Carta de Felipe II a Francisco de Lixalde de 30 de octubre de 1571, en ADM, *Archivo Histórico*, caja 8, doc. 6; orden de pago de su sueldo a Medinaceli de 1 de julio de 1572, en *ibidem*, y ARAB, *Audiëntie*, reg. 1691/1d, sin foliar; cartas de Felipe II al Consejo de Finanzas en los Países Bajos y a Alba de 5 y 6 de septiembre de 1572, Nationaal Archief in Den Haag (NA), *Archivo Paulus Buys*, carpeta 61, sin foliar; carta de Alba a Schetz de 9 de abril de 1572, ARAB, *Audiëntie*, reg. 1694, sin foliar. Gaspar Schetz, señor de Grobbendonck, desde 1564 tesorero general de los Países Bajos.

⁴⁴ Parker, *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 161; Kamen, op. cit., p. 151. Philippe de Croÿ (1526-1595), duque de Aerschot, miembro del Consejo de Estado de los Países Bajos desde 1565. Federico de Perrenot (1536-

Varios observadores expertos en la situación del país, también reconocían estos problemas. El vicario general Morillon escribió al cardenal Granvela que el rey ciertamente había cometido dos errores. En primer lugar, permitir que la partida de Medinaceli de España se demorara tanto, y en segundo lugar, que las relaciones entre los dos duques fueran pésimas, pues Alba había humillado públicamente a su sucesor en varias ocasiones. Asimismo, el consejero real Hopperus se mostró preocupado con esta situación, tal como puede deducirse de sus objeciones contra la presencia simultánea de dos gobernadores en los Países Bajos⁴⁵.

Sin embargo, en público no se notaban mucho las diferencias de opinión existentes entre los dos duques. Alba incluía puntualmente a Medinaceli en sus quehaceres de gobierno y éste acompañaba al gran duque en sus escasos viajes por el país, sus visitas a ciudades, etc. Además, asistía a las reuniones del Consejo de Estado, y estaba bien informado y era consultado en las cuestiones militares y hacendísticas. En estos asuntos, don Juan de la Cerda demostró ser muy buen alumno. Pasados apenas catorce días desde su llegada a Bruselas, presentó el 1 de julio un memorial al rey en el que señalaba que para poder enfrentarse bien a los enemigos de Felipe II, se necesitaría mucho dinero para pagar a un ejército grande y bien armado, y que mientras que no se hubiera impuesto el décimo, la provisión de fondos para cumplir con esa tarea debería enviarse desde España. Si el rey se lo ordenaba, entregaría al gobernador general el dinero que había traído consigo. Con este mismo memorial solicitó una nueva remesa de fondos. Se refería en esta materia a una petición previa hecha al monarca para llevar consigo las provisiones necesarias para pagar a las tropas alojadas en Flandes que estaban muy descontentas por los largos atrasos sufridos en el abono de sus soldadas. En la respuesta marginal a dicha petición, que figura anotada de mano propia del rey, éste se mostraba asombrado: «No se me acuerda que tuviese orden de no dar este dinero [a Alba]»⁴⁶.

A fines de julio de 1572, Medinaceli escribió a Felipe II que los informes que le mandaba el gobernador revelaban cuál era la verdadera situación del país. Algunas semanas después, Alba confirmaba que la relación con su sucesor era excelente y que éste gozaba de su completa confianza. Sólo después de que Medinaceli fuese testigo del bárbaro e inhumano saqueo de la ciudad de Malinas por los soldados españoles, se pusieron de manifiesto públicamente las primeras diferencias notorias en las relaciones entre ambos duques. El nuevo gobernador estaba muy indignado por lo ocurrido y acusó abiertamente a don Fadrique de no haber hecho nada

1602), señor de Champagney, hermano del cardenal Granvela, desde 1571 gobernador de Amberes, miembro del Consejo de Estado rebelde de los Países Bajos en 1576 y 1577 al lado del presunto gobernador general Matías de Austria.

⁴⁵ Maltby, *op. cit.*, p. 247; carta de Requesens a su yerno Pedro Fajardo, tercer marqués de Los Vélez, fechada en septiembre de 1574, IVDJ, envío 68, fol. 232; Janssens, *Brabant in het Verweer...*, *op. cit.*, p. 180, notas 181 y 182. Joachim Hopperus (1523-1576), miembro del Gran Consejo de Malinas y del Consejo Privado, nombrado en 1566 en Madrid consejero de Felipe II para asuntos de los Países Bajos y Borgoña.

⁴⁶ Janssens, *Juan de la Cerda...*, *op. cit.*, p. 226; cartas de Medinaceli a Felipe II de 4, 27 y 30 de abril de 1572, en Codoin, vol. XXXV, pp. 544 y 570; carta de Medinaceli a Felipe II de 1 de julio de 1572 (con apostilla de mano propia del rey), AGS, *Estado Flandes*, legajo 552, fol. 130.

para evitar la tragedia. Éste desmintió en presencia de su padre que hubiera sucedido así. Además, Medinaceli solicitó la proclamación de un perdón general, porque pensaba que «el perdón animaría a los inocentes» a aceptar la política regia. La respuesta de Alba fue muy lacónica: «Que no sabía cuáles eran los inocentes. Que si Su Señoría lo sabía, lo dijese»⁴⁷.

Parece comprensible que el nuevo gobernador tratara de cambiar esta desventajosa situación a su favor. Alba residía, entre tanto, en Nimega (en la provincia de Güeldres) con su séquito al completo, su cancillería y guardia personal, en el castillo de Valkhof. En el transcurso de una reunión que tuvo lugar a principios de noviembre en esa ciudad, se precipitó la confrontación entre ambos. Medinaceli juzgó que era absurdo el plan propuesto por el gran duque para mandar sus tropas primeramente a Zutphen en Güeldres. El sucesor estimaba que los soldados deberían dirigirse urgentemente a la provincia de Holanda, donde algunas importantes ciudades habían caído en manos de los rebeldes por falta de resistencia de las fuerzas españolas. El gobernador general no estaba de acuerdo con esa idea, porque opinaba que desde Zutphen se podía impedir que los invasores bajo el mando del conde de Bergh reconquistaran la provincia de Güeldres. Su hijo don Fadrique y el general del ejército Noircarmes, que también estaban presentes, apoyaban los planes del gran duque. Medinaceli recriminó entonces al gobernador que no encabezase en persona el ejército y que cediera ese deber a su hijo, a pesar de que estaba al tanto de que esto se debía en muchas ocasiones a los múltiples y severos ataques de gota que padecía Alba⁴⁸.

Tras este incidente, el sucesor se mantuvo cada vez más al margen del gobierno. En lo sucesivo, escribirá directamente al rey su opinión sobre los acontecimientos que se vivían en el país, de manera que éste podría formarse otra idea sobre cuál era la verdadera situación en Flandes. Le reiteró las recriminaciones expresadas en Nimega y anunció que iba a partir hacia Colonia o Lieja, para alojarse de todas formas en otra ciudad. Se quejó de que no era posible deliberar abiertamente con Alba, porque el gran duque se aferraba con tenacidad a su propio punto de vista, no prestaba atención a las ideas de otros y que en lugar de intervenir con el ejército en la provincia de Holanda, prefería aplazar la solución de los problemas surgidos allí a un futuro incierto. Medinaceli estimaba que la caída de Haarlem podría tener consecuencias cruciales para la rebelión, de manera que mediante una ofensiva firme y decidida se podría someter a toda la provincia de Holanda, y que esto repercutiría notablemente sobre la de Zelanda; de

⁴⁷ Carta de Medinaceli a Felipe II de 30 de julio de 1572, AGS, *Estado Flandes*, legajo 55, fol. 139 (2); carta de Alba a Felipe II de 21 de agosto de 1572, IVDJ, envío 20, fol. 278; carta de Medinaceli a Felipe II de 3 de octubre de 1572, en Codoin, vol. XXXVI, p. 112; relación anónima de los acontecimientos que pasaron después de la caída de Mons (Hena) hasta el 4 de octubre de 1572, en Codoin, vol. LXXV, pp. 107-109; y Kamen, *op. cit.*, p. 151.

⁴⁸ Carta de Medinaceli a Felipe II de 30 de julio de 1572, AGS, *Estado Flandes*, legajo 552, fol. 139(2); relación anónima y extensa de un testigo de los acontecimientos producidos el día 5 de noviembre de 1572 en Nimega, en Codoin, vol. XXXVI, pp. 119-130; Grapperhaus, *op. cit.*, p. 264. Guillermo van den Bergh (1537-1586), conde de Bergh y cuñado de Guillermo de Orange. Felipe de Noircarmes (??-1574), general del ejército nacional, miembro del Consejo (o Tribunal) de los Tumultos, y desde 1573 estatúder de Utrecht.

otra forma la rebelión se prolongaría en el tiempo. El cardenal Granvela era de la misma opinión⁴⁹.

Por todo ello, Medinaceli se mostraba convencido de que debía separarse del gran duque, partió de Nimega y se instaló con su hijo Sancho y algunos hombres de confianza al otro lado del río Mosa en la pequeña ciudad brabantzona de Grave. Tras una estancia de tres semanas se dirigió desde allí a Bolduque ('s-Hertogenbosch). Así se distanciaba ostensiblemente —y también físicamente— de Alba. El sucesor mandó a mediados de febrero de 1573 una larga carta a Zayas, en la cual explicaba las razones de su decisión. En ella indicaba que la prolongada permanencia del gran duque en el cargo no era el objeto de su crítica, sino más bien su estrategia militar y el hecho de que don Fadrique fuese el que capitaneaba el ejército y no el propio Alba. Una semana más tarde añadió Medinaceli: «y también quiero que v[uestra] m[erced] entienda que en Nimega se está tan fuera de la guerra como en Alcalá, y si cerca de los enemigos, tanto lo esté ese lugar y con más peligro»⁵⁰.

Sin embargo, había dicho esto a la persona equivocada. Como partidario de Alba, el secretario de Estado Zayas reaccionó de inmediato manifestando su aversión contra la actitud de Medinaceli y comunicando al gobernador que el rey solucionaría todos los problemas de la manera más apropiada. El gran duque no se inquietó por las críticas de su sucesor y continuó consultándole. Conforme a sus órdenes, informaba puntualmente al co-gobernador de todos los acontecimientos y sobre los problemas de gobierno. Así por ejemplo, el 2 de marzo de 1573 mandó a su secretario particular Albornoz a Bolduque ('s-Hertogenbosch) para poner a Medinaceli al tanto de cuál era el estado de las relaciones con Inglaterra y entregarle varios documentos relevantes. Le pidió que los estudiara para que con su parecer el gobernador pudiese tomar una buena decisión⁵¹.

6. El nombramiento de Requesens como sustituto de Alba y Medinaceli

El rey se mostraba cada vez más convencido de que tantos años de rigurosa represión y ocupación militar no habían servido para restablecer la paz y el orden en los Países Bajos. «Redescubrió» entonces su papel de soberano conciliador que por medio de un perdón general podría paliar las consecuencias de la represión. Para conseguir esto tendría que retirar al duque de Alba, siendo éste el más claro exponente de una línea dura, pues su presencia en el país no dejaba mucho margen para llevar a cabo una nueva política de amnistía y reconciliación. Ruy Gómez recogió entonces los frutos de muchos años dedicados a aconsejar e informar

⁴⁹ Cartas de Medinaceli a Felipe II de 12, 27 y 29 de noviembre y de 24 de diciembre de 1572, en Codoin, vol. XXXVI, pp. 130-138; y Parker, *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 158.

⁵⁰ Streekarchief Grave, *Oud Archief Grave* (OAG), *stadsrekeningen*, inventario 280, fol. 62r-v; Van Zuijlen, R. A., *Inventaris der archieven van de stad 's-Hertogenbosch*, *stadsrekeningen* 1399-1800, 's-Hertogenbosch, 1863, p. 876; cartas de Medinaceli a Zayas de 13 y 23 de febrero de 1573, en Codoin, vol. XXXVI, pp. 157-162.

⁵¹ Carta de Zayas a Alba de 26 de diciembre de 1572, en Codoin, vol. XXXVI, pp. 142-143; carta de Alba a Medinaceli de 2 de marzo de 1573, AGS, *Estado Flandes*, legajo 553, fol. 178.

pacientemente al rey en este sentido. Pero sobre todo se puso de manifiesto en este momento la influencia aún mayor que tenían los informes y pareceres de Arias Montano, pues contribuyeron decisivamente a impulsar la puesta en práctica de esta nueva política⁵².

Desde esta perspectiva, incluso el nombramiento de Medinaceli como sustituto de Alba se había quedado anticuado, ya que éste no sólo se había distanciado de Alba, sino que también había incumplido el mandato regio de no prestar atención a las maquinaciones de otras personas ajenas a la corte. Además, se le podían achacar sus declaraciones contrarias a los nuevos impuestos. No se sabe si estas opiniones tuvieron alguna influencia respecto a las negociaciones, pero cabe suponer que los Estados estaban al tanto de cuál era su parecer al respecto. En febrero de 1573 Felipe II acabó con esta extraña situación creada en el gobierno bicéfalo de los Países Bajos. Mediante una carta confidencial nombró al comendador mayor de Castilla, Luis de Requesens y Zúñiga, como nuevo gobernador y capitán general de Flandes, pese a la oposición del consejero real Hopperus —gran admirador de Alba—, que era del parecer que nadie, excepto el mismo gran duque, sería más adecuado para restaurar el orden en aquellas provincias. A pesar de la gran discreción que se tenía en lo concerniente al nuevo nombramiento, en el mes marzo siguiente, los negociantes en Flandes hacían ya apuestas sobre la posibilidad de que Requesens fuese el nuevo lugarteniente del rey⁵³. Tales apuestas evidencian también que escaseaban las personas capaces de desempeñar esa tarea.

En enero de 1573, el monarca había sondeado a Luis de Requesens (compañero de juegos durante su juventud), que en ese momento era virrey de Lombardía, para que aceptase el difícil cargo de gobernador de los Países Bajos. El comendador mayor se mostró horrorizado, porque se consideraba demasiado viejo para el cargo. Ciertamente, el medio hermano del rey, don Juan de Austria, hubiera sido la persona más indicada para el puesto, porque era un miembro de la Casa de Austria. Pero el rey lo necesitaba aún más en el Mediterráneo como almirante general de la flota que combatía contra los turcos.

Requesens, que nació en Barcelona el 25 de agosto de 1528, era un caballero y hombre de estado catalán. Como diplomático ya había ganado mucha experiencia ejerciendo de embajador de Felipe II ante la Santa Sede en los años 1560-1570. Su siguiente cometido fue combatir a los moriscos sublevados en las Alpujarras. También ganó nuevos honores como comandante naval en la famosa batalla de Lepanto, siendo la mano derecha de don Juan de Austria, y con-

⁵² Schepper, H. de, «Un catalán en Flandes: don Lluís de Requesens y Zúñiga, 1573-1576», *Pedralbes. Revista d'Història Moderna*, año 18/II: *Catalunya i Europa a l'Edat Moderna. Actes IV Congrés d'Història Moderna de Catalunya del 14 al 17 de desembre 1998* (Barcelona, 1998), pp. 157-158; y Grapperhaus, *op. cit.*, p. 209.

⁵³ Carta de Hopperus a Alba de 30 de marzo de 1573, ADA, caja 38, doc. 59; carta de Requesens de 15 de febrero de 1573 a su hermano Juan de Zúñiga, embajador de Felipe II ante la Santa Sede, IVDJ, envío 81, fol. 1266; Lovett, A.W., «A new governor for the Netherlands», *European Studies Review*, I, (abril 1971), p. 101, nota 49.

tribuyó decisivamente a esta victoria sobre los turcos merced a sus acertados consejos y hábiles maniobras durante la batalla⁵⁴.

En diversas ocasiones, Requesens había demostrado que en asuntos concernientes a los Países Bajos no estaba siempre de acuerdo con los planteamientos del gran duque. Así, por ejemplo, pensaba que la decisión del gobernador de atacar con el grueso de su ejército a los hugonotes que desde Francia intentaban entrar en el país para acudir en socorro de los rebeldes en Flandes, había sido errónea. Creía que hubiera sido mejor lanzarse sobre los rebeldes en las provincias de Holanda y Zelanda, y que se debería, por tanto, volver a atender las prioridades propuestas. Tampoco estaba de acuerdo con el análisis que había hecho el gobernador de los métodos que debían emplearse para abordar los asuntos internos del país. Especialmente, era de la opinión que debía promulgarse un verdadero perdón general que estuviese en consonancia con tal nombre, es decir, sin esas abundantes excepciones introducidas por Alba que acabaron frustrando la intención principal de la medida: perdonar y comenzar de nuevo⁵⁵.

Desde el punto de vista político, el comendador mayor se mostraba favorable a una actuación más flexible y tolerante. Contrariamente a Alba y Medinaceli, no era partidario de ninguna de las facciones rivales en la corte madrileña⁵⁶. Ésta fue probablemente otra importante razón para que el rey le escogiese, pues no tendría obligaciones con nadie más que con el propio Felipe II. Además, el rey sabía que Requesens podía usar mucho mejor su sueldo de gobernador, que ascendía a 36.000 libras flamencas por año, porque no era hombre de fortuna y, por tanto, resultaba más sensible a la presión del soberano. En sus mejores años, los ingresos del comendador mayor nunca superaron los 28.600 ducados por año, pero ciertamente éstos no eran unos ingresos muy elevados⁵⁷. También albergaba la ambición de mejorar la condición nobiliaria de su familia mediante un casamiento apropiado de su único hijo Juan. Con esta finalidad, había acordado un matrimonio con una hija de doña Luisa de la Cerda, perteneciente a la familia ducal de Medinaceli. A pesar de que para este enlace se necesitaba el consentimiento del rey, Requesens rechazó en primera instancia su nombramiento como gobernador general. Felipe II le comunicó discretamente que su persistencia en esta actitud podría tener consecuencias negativas para la realización de dicho enlace. Después de que el monarca le prometió hacer todo lo posible para que éste se celebrase, el comendador mayor aceptó su nombramiento en julio de 1573. Y cuando ya había llegado a los Países Bajos, el rey le comunicó que

54 Parker, *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 161; Haak, S. P., «Requesens y Zúñiga, Luis», en Molhuysen, C. y Blok, J. (eds.), *Nieuw Nederlands Biografisch Woordenboek*, Leiden, 1912, vol. II, pp. 1195-1197; Lovett, *A new Governor...*, op. cit., pp. 93-95; y Lynch, J., *La España de Felipe II*, Barcelona, 1997, p. 98.

55 Lovett, A. W., «The governorship of don Luis de Requesens, 1573-1576. A Spanish View», *European Studies Review*, II, 3 (1972), pp. 191-192.

56 Sobre esta ambigüedad cortesana de Requesens, véase Fernández Conti, Santiago, *Los consejos de Estado y Guerra de la Monarquía Hispánica en tiempos de Felipe II (1548-1598)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1998, pp. 142-151.

57 Hendriks, R., «El patrimonio de don Luis de Requesens y Zúñiga (1528-1576). ¿Fue don Luis de Requesens y Zúñiga pobre o rico?», *Pedralbes. Revista d'Historia Moderna*, año XIV, 14 (1994), pp. 89-91.

había cumplido con esta parte de su promesa secreta. El matrimonio se llevó a cabo en febrero de 1574⁵⁸.

7. La llegada de Requesens a los Países Bajos y el regreso de Alba a España

Para preparar la llegada del comendador mayor a Flandes, Felipe II ordenó al duque de Medinaceli que regresara a España, y a Alba le mandó que arreglase todo lo necesario para realizar un rápido traspaso de poderes. El 6 de octubre de 1573, aun antes de la venida del nuevo gobernador, don Juan de la Cerda embarcó para regresar a España, frustrado, porque no había tenido la oportunidad de cumplir con su alta tarea, y lleno de rencor, porque Alba no había prestado mucha atención a sus consejos y opiniones. Además, en julio de aquel mismo año, había fallecido Ruy Gómez, de manera que Medinaceli no sabía cómo se hallaba repartido el poder entre las distintas facciones y por tanto cómo sería su recepción en la corte española. Entretanto, seguía demorándose la llegada de Requesens y, a fines de octubre, Alba escribió al prior don Antonio de Toledo diciendo que se estremecía no sólo ante la perspectiva de quedarse otro invierno en los Países Bajos, sino también ante la idea de tener que regresar a España en esa estación. De paso mencionaba cuál era el motivo de la demora del comendador mayor: éste sólo quería partir de Italia después de que el papa le hubiese otorgado personalmente la absolución⁵⁹.

Durante su gobierno en Milán (1571-1573), el arzobispo de la ciudad —el célebre cardenal Carlo Borromeo— había excomulgado a Requesens. Con esta drástica medida, el prelado no sólo trató de forzar la solución de un conflicto jurisdiccional con la autoridad del gobernador sobre los laicos de esta diócesis, sino también castigar la negativa categórica de Requesens a permitir que Borromeo reclutase más soldados para su uso personal. Tras vehementes protestas tanto desde Milán como desde Madrid, intervino el papa Gregorio XIII declarando inválida la excomunión y redactando una carta de absolución. Con esta misiva en la mano, el comendador mayor admitió la absolución de un monje. Pero cuando Borromeo decidió ignorar el decreto pontificio, Requesens exigió una absolución personal del papa, para poder partir con la conciencia tranquila a Flandes⁶⁰. De todas formas, tardó en llegar a Bruselas hasta el 17 de noviembre de 1573.

Una vez allí, Requesens trató de mantenerse a la mayor distancia posible del gran duque, física y literalmente, porque tenía que llevar a cabo una política nueva, más pacifista. Temía

⁵⁸ Parker, *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 161; Lovett, *A new governor...*, op. cit., pp. 92-94 y 100; carta sin fechar de Requesens a Felipe II, Biblioteca Francisco de Zabálburu (BFZ), carpeta 54, fol. 15; carta de Requesens a Juan de Zúñiga de 14 de junio de 1573, IVDJ, envío 81, fol. 1289; y Hendriks, op. cit., p. 87.

⁵⁹ Carta de Felipe II a Medinaceli de 25 de junio de 1573, BNM, Ms. 28357, fol. 11; Van Gelder, H. A. Enno, «De strijd in Holland en Zeeland, 1572-1576», en *Algemene Geschiedenis der Nederlanden*, Utrecht-Amberes, 1952, vol. V, p. 48, nota 2; Vázquez de Prada, V., *Felipe II*, Barcelona, 1978, p. 120; y Fitz-James Stuart, op. cit., vol. III, doc. 2005, pp. 545-546.

⁶⁰ March, J. M., *El Comendador Mayor de Castilla don Luis de Requesens en el Gobierno de Milán 1571-1573*, Madrid, 1943, pp. 263-268 y 326.

que, de otra manera, su gobierno pudiera verse asociado enseguida con el de Alba. Esto explica por qué el gobernador se mostró desagradablemente sorprendido cuando su antecesor le hizo saber que tenía intención de venir a Bruselas para ceder todos sus poderes a su sucesor. Temía que el gran duque se quedase muchos meses en la ciudad, porque el invierno no era tiempo favorable para viajar. Pero Alba ya no se consideraba gobernador y remitía directamente a Requesens todas las peticiones y documentos oficiales que aún recibía, porque éste era el nuevo lugarteniente del rey en el país. El comendador mayor desconfiaba mucho sobre las verdaderas intenciones del gran duque a este respecto y, por eso, le mandó de vuelta todos los documentos. El nuevo gobernador persistió algunos días con este «juego», porque sospechaba que se trataba de una trampa. Tampoco comprendía por qué Alba tenía tanta prisa por marcharse.

El rey había encaminado a Requesens a su nuevo puesto sin remitirle unas instrucciones adecuadas y—para gran desconsuelo de muchos prominentes flamencos— sin un buen perdón general. Aparte de esto, el nuevo gobernador había comprobado que una escasez crónica de dinero no le permitiría realizar de manera conveniente su labor en los Países Bajos. Pero ya era demasiado tarde para retirarse. A fin de cuentas, la falta de unas instrucciones inequívocas le obligó a tratar personalmente con Alba. Consintió que éste le informara en Bruselas lo mejor posible sobre todos los negocios importantes pendientes, y después juró su nuevo cargo en presencia de su antecesor.

Por fin, tras una larga estancia de casi seis años y medio en los Países Bajos, enfermo y realmente en malas condiciones para viajar, don Fernando Álvarez de Toledo, tercer duque de Alba, partió el 19 de diciembre de 1573 hacia España. Iba acompañado por su hijo don Fadrique, su secretario Juan de Albornoz, su guardia particular y los miembros de su séquito personal⁶¹.

Durante el gobierno de Requesens, los problemas para los españoles en los Países Bajos se agravaron seriamente. El comendador mayor tuvo que hacer frente a las consecuencias del innecesario e inhumano saqueo que las tropas españolas perpetraron tras la toma de Haarlem. Como Medinaceli ya había previsto, éste fue un momento crucial en la guerra, porque el pillaje violento de aquella ciudad holandesa causó tan gran impresión en otras ciudades sublevadas, que ninguna de ellas estaría ya dispuesta a rendirse a los españoles, más bien todo lo contrario: ahora estaban preparadas para defenderse hasta la muerte⁶².

8. Conclusiones

Por una excesiva burocracia, el mal tiempo, los cambios producidos en la corte española, diversas vacilaciones y las propias circunstancias personales del rey, la decisión sobre el nombramiento de un sustituto del duque de Alba como gobernador lugarteniente y capitán general

⁶¹ Lovett, *A new governor...*, *op. cit.*, pp. 101-103; y Maltby, *op. cit.*, p. 261.

⁶² Parker, *España y la rebelión de Flandes*, *op. cit.*, p. 158.

de los Países Bajos, y la aplicación de dicha decisión resultaron ser más difíciles de lo que se había previsto. Felipe II se vio obligado varias veces a posponer su proyectado viaje a Flandes debido a problemas internos, dinásticos y militares⁶³. Por ello, tuvo que aplazar el previsto regreso del gran duque. Si bien es cierto que el rey escogió luego a don Juan de la Cerda, cuarto duque de Medinaceli como su sucesor, tardó mucho en nombrarlo oficialmente para el cargo.

El futuro gobernador retrasó en diversas ocasiones su viaje a Flandes y, de hecho, daba verdaderamente la impresión de no tener mucha prisa por salir de España. Resulta muy interesante advertir que con semejante actitud desobedecía las órdenes del rey, quien insistía en que emprendiera su viaje de inmediato. Parecía que se hubiese arrepentido de haber aceptado el nombramiento y que albergaba la esperanza de que podrían darse largas al asunto. No sólo el viaje de Medinaceli parecía estar bajo la influencia de un signo adverso. En la víspera de su partida de España el rey le sorprendió con la mala nueva de que formalmente ya le había concedido los títulos, el cargo y el sueldo de gobernador lugarteniente y capitán general de los Países Bajos, pero, por el momento, no tendría ningún poder efectivo. En todos los asuntos de gobierno debería conformarse con las órdenes dictadas por el duque de Alba, hasta que éste hubiera concluido las negociaciones sobre el décimo. Una vez llegado a Flandes, su mala suerte continuó persiguiéndole. La acogida que le brindó el gran duque no fue precisamente la que había esperado y, para colmo, tuvo que aguardar más de un año hasta que le pagaran su sueldo.

Cuando el monarca finalmente se dio cuenta de que valiéndose de la coacción, la represión y la ocupación militar no conseguiría el restablecimiento de la paz y el orden en Flandes, cambió de parecer y reflexionó sobre su papel de mediador y su potestad para otorgar indultos. Supuso que este cambio de política sería sin duda la mejor manera de estrenar un nuevo gobierno. Asimismo opinaba que el duque de Medinaceli había actuado demasiado a espaldas de Alba y por eso consideraba que podía estar más o menos «contaminado» por la influencia de los flamencos; además parecía que don Juan de la Cerda no había mostrado siempre intención de obedecer las órdenes del rey. Por ello, Felipe II nombró entonces a don Luis de Requesens y Zúñiga como gobernador lugarteniente de Flandes en sustitución de Alba y Medinaceli. El nuevo gobernador tenía que emprender una política más humanitaria y tolerante, y promulgar un buen y justo perdón general. Pero en el fondo, el designado sucesor tampoco quería ir a los Países Bajos. Rehusó inicialmente con cortesía, pero con determinación, su nombramiento por considerarse demasiado viejo para tan importante cargo y se mantuvo firme en esta actitud durante medio año. Sólo cuando Felipe II le obligó a aceptar por medio de un chantaje disimulado, cedió a la presión.

⁶³ Sobre la decisión final de cancelar este proyectado viaje de Felipe II a los Países Bajos, véase el reciente análisis de historia contrafactual propuesto en Parker, G., «1567: the end of the Dutch Revolt?», en Crepo Solana, A., y Herrero Sánchez, M. (coords.), *España y las 17 provincias de los Países Bajos. Una revisión historiográfica (XVI-XVIII)*, Córdoba, Universidad de Córdoba-Ministerio de Asuntos Exteriores-Fundación Carlos de Amberes, 2002, 2 vols., tomo 1, pp. 269-290, en el que estudia y reproduce especialmente la carta remitida por Felipe II al duque de Alba el 7 de agosto de 1567.

De los acontecimientos relativos a los nombramientos de los duques de Saboya, Parma, Alba y Medinaceli y el del comendador Requesens se puede deducir que el rey no tenía tanto poder sobre la alta nobleza como hubiera deseado. Además, en los primeros años del gobierno de Alba el monarca quiso tomar medidas más severas, pero las desacreditó en los gobiernos siguientes con una política y ejecución vacilantes. También resulta notorio que las dos facciones políticas en la corte española tuvieron cierta influencia en estos nombramientos, tal como puede deducirse, en primer lugar, de la designación de Alba, que estaba a favor de aplicar una política de mano dura en los Países Bajos, y, en segundo lugar, de que, tras el fracaso de esa manera de gobierno, se produjera el nombramiento como gobernador de un miembro prominente de la facción contraria, que tendría que desarrollar una política más humanitaria y flexible. Pero también fracasó, pues el monarca nombró entonces a Requesens como su lugarteniente en Flandes. Éste no era miembro de ninguna de las dos facciones rivales y, por tanto, actuaba de manera independiente. Sin embargo, el rey le envió a su cargo sin dotarle de unas buenas instrucciones de gobierno. ¿Puede ser que la intención de Felipe II al actuar así fuera que si los gobernadores fracasaran en su tarea, él pudiera lavarse las manos echando la culpa a sus lugartenientes?

Además, puede concluirse que las decisiones del monarca eran a lo menos contradictorias. El rey necesitaba urgentemente los beneficios del impuesto del décimo, porque gastaba muchísimo dinero en tres frentes: la flota de galeras del Mediterráneo, la lucha contra los moriscos sublevados en España y el ejército contra los rebeldes en los Países Bajos. Pero las negociaciones sobre la introducción de esta nueva contribución aún no habían concluido y, por consiguiente, el monarca no podía disponer de estos ingresos adicionales. No obstante, Felipe II ya contaba con esa vía de financiación y mandó al gobernador más liberal y tolerante a los Países Bajos, el duque de Medinaceli, con medios económicos absolutamente insuficientes. De esta manera, ni siquiera se podían resolver los problemas más acuciantes y tampoco se podía emprender una nueva orientación política. Los Estados Provinciales en los Países Bajos comprendieron rápidamente que podrían obtener aún más beneficio de su resistencia a tales impuestos.

Lo mismo ocurrió con Requesens. También él fue enviado a Flandes para iniciar un gobierno más tolerante, pero con fondos totalmente insuficientes. Además, el comendador mayor tuvo que enfrentarse a las consecuencias tan negativas de la durísima actuación de los españoles en Haarlem. Cuando menos era de lamentar que el comendador hubiese sido enviado a este alto puesto sin recibir instrucciones apropiadas y sin llevar consigo un buen perdón general. De esta manera, ni siquiera pudo iniciar su mandato en condiciones más o menos razonables.

Las dificultades creadas en la sucesión del duque de Alba tuvieron nefastas repercusiones para la población de los Países Bajos, ya que la prolongada permanencia del gran duque en el país resultó ser un largo período de opresión, y sus tenaces intentos para introducir un nuevo régimen fiscal contra la voluntad de los Estados Provinciales, provocaron aún mayor agitación. Esta situación se puso de manifiesto a todos los niveles. El gobernador trató de disminuir las

tensiones valiéndose de un perdón general, pero fracasó completamente por la gran desconfianza que inspiraba un texto en el que se habían incluido demasiadas cláusulas con excepciones. La llegada de Medinaceli tampoco tuvo como resultado la implantación de ese gobierno más tolerante tan deseado por el pueblo, pues no tenía un poder efectivo. Finalmente, a Requesens se le encargó la ingrata tarea de buscar una solución para estos problemas sin contar tampoco con los medios materiales adecuados.

La agitación de las provincias de Flandes era, en cierta medida, consecuencia de la propia actitud vacilante de Felipe II y de las decisiones contradictorias que tomó al respecto. Por un lado, nombró un nuevo gobernador para iniciar una política más tolerante, pero, por otro, debido a una acuciante falta de dinero, permitió al mismo tiempo que su antecesor en el cargo intentase imponer un sistema de contribuciones muy detestado por el pueblo y sus representantes, y por los hombres de negocios. A raíz de esta forma de proceder surgieron tensiones que fueron la causa de nuevas represiones y acabaron frustrando las propias intenciones del rey. Así pues, ¿parecía tan extraño que la nobleza no mostrase mucho entusiasmo en aceptar el puesto de lugarteniente del rey en los Países Bajos?